

macion frenética para todos los pechos, que acogieron estas estrofas con yo no sé qué mezcla de cólera y de amor, y convirtieron en un solo día á un jóven desconocido en el poeta nacional. La Francia irguió la cabeza, y á partir de este momento, en este país, que hace marchar siempre al frente de todo su grandeza militar y su grandeza literaria, la fama del poeta se ligó en el pensamiento de todos á la catástrofe, como para amirorarla y desvanecerla. Digámoslo, porque es glorioso decirlo: á la mañana siguiente del día en que Francia inscribió en su historia esta palabra nueva y fúnebre: *Waterlío*, grabó también en sus fastos este nombre, jóven y brillante: *Casimiro Delavigne*.

¡Recuerdo envidiable del generoso poeta! Gloria digna de envidia! ¿Qué

hombre de génio no cambiaria su mejor libro por el insigne honor de haber agitado entonces, con un movimiento de alegría y orgullo, el corazón de la Francia, agobiada y desesperada? Hoy que la hermosa alma del poeta ha desaparecido tras el horizonte, desde donde nos envía aun sus resplandores, recordemos con enternecimiento su alborada tan deslumbrante y tan pura.

Patriótico reconocimiento debe unirse siempre á la noble poesía que inspiró tan noble acción; que acompañe siempre á Casimiro Delavigne, y después de haber coronado su vida, se trueque en una aureola en su tumba.

Dichoso debe ser el hijo de quien puede decirse: Ha consolado á su madre!

Dichoso el poeta del que se puede decir: Ha consolado á su patria!

CÁMARA DE LOS PARES.

1845 A 1848.

CÁMARA DE LOS PARES.

1845 A 1848.

LA POLONIA.⁽¹⁾

19 Marzo 1846.

Señores:

Diré muy pocas palabras, cediendo á un sentimiento irresistible que me llama á esta tribuna.

La cuestion que en este momento se debate ante esta noble Asamblea no es una cuestion ordinaria, pues vá más allá de la extension habitual de las cuestiones ordinarias y reúne en una comun y universal adhesion las disidencias más declaradas y las opiniones más contrarias; pudiéndose decir, sin temor á ser desmentidos, que nadie en este recinto, nadie se muestra indiferente á tan nobles emociones, á tan grandes simpatías.

¿De dónde procede este sentimiento unánime? De que todos conoceis la gran-

deza de la cuestion que se agita. Es la civilizacion misma á quien se compromete, á quien se ofende, con los actos que todos hemos visto cometerse en un rincón de Europa; actos, señores, que no quiero calificar por no irritar más la llaga, aun viva y sangrienta. Mientras lo digo, y lo digo muy alto, la civilizacion europea recibirá un golpe rudo, si no se eleva protesta alguna contra el proceder del gobierno austriaco para con la Galitzia.

Desde hace cuatro siglos, solo dos naciones, entre todas, han jugado un papel desinteresado en la civilizacion europea, y estas dos naciones son: la Francia y la Polonia.

Notad esto, señores: Francia disipó las tinieblas; Polonia empujó la barbarie. Francia esparció las ideas; Polonia cubrió la frontera. El pueblo francés ha sido el misionero de la civilizacion en Europa; el pueblo polaco ha sido el caballero.

Si el pueblo polaco no hubiera cumplido su destino, el pueblo francés no habria podido cumplir el suyo.

La Polonia tuvo en otro tiempo un Sobieski, ante una invasion formidable de la barbarie, como Grecia tuvo un Leonidas.

Ved aquí, señores, hechos que no pueden borrarse de la memoria de las naciones. Un pueblo que ha trabajado por los otros pueblos es como un hombre que ha trabajado por los demás hombres, y por consiguiente debe ser acreedor al reconocimiento y simpatías de todos; y si, por la dureza de los tiempos, este pueblo, que jamás ha tenido más egoismo que el de la ley, que siempre ha consultado su

(1) En la discusion del proyecto de ley relativo á los secretos gastos, M. de Montalembert luchó por la causa de la Polonia, conjurando al gobierno que saliera de su política egoísta. M. Guizot respondió que el gobierno del rey persistiría en las dos reglas de conducta que se habia impuesto: la no intervencion en los negocios de Polonia y en los socorros y el asilo ofrecido á los desgraciados poloneses. «La oposicion, dijo monsieur Guizot, puede usar el lenguaje que le plazca, y, sin hacer nada ni proponer nada, dar á sus reproches todo el amargor y á sus esperanzas toda la amplitud que le convenga. Tratamos con bastante (y por respeto no digo demasiado), con bastante moralidad, dignidad y verdadera caridad á los poloneses para no prometer ni decir más de lo que realmente se hace.» En fin, monsieur Guizot tuvo el debate empeñado por inútil, y no pensó que la discusion de los derechos de la Polonia y la expresion del juicio de la Francia pudieran producir beneficio alguno para la reconstitucion de la nacionalidad polonesa. El gobierno francés, segun M. Guizot, debia llenar el deber de neutralidad en el continente, obedeciendo al interés legítimo de su país y á los sentimientos de su alma. Despues del príncipe de Moscovia, que contestó á M. Guizot, subió á la tribuna M. Victor Hugo. Este discurso, el primero político que pronunció Victor Hugo, fué recibido con bastante frialdad.

generosidad y sus nobles y poderosos instintos que le arrastraban á defender la civilizaci6n; si este pueblo, digo, viene á reducirse á un pequeño pueblo, debe, sin embargo, considerársele como á una gran naci6n.

Esta, señores, es la situaci6n de Polonia. Pero Polonia, señores pares, aun es grande entre nosotros; aun tiene las simpatías de Francia y los respetos de Europa, para quien todavía es grande. ¿Y esto por qué? Porque ha servido á la comunidad europea, porque en ciertos tiempos ha prestado á la Europa servicios que no se olvidan jamás.

Cuando, hace ochenta años, esta naci6n fué borrada entre las naciones, un sentimiento doloroso, un profundo sentimiento de respeto se manifestó en toda la Europa.

Polonia fué condenada en 1773; ochenta años han pasado, y nadie puede decir que tal hecho se haya cumplido. Al cabo de ochenta años, este grave hecho de la cancelaci6n de un pueblo no se ha cumplido aun.

Haber desmembrado la Polonia fué el remordimiento de Federico II; no haberla levantado ha sido el pesar de Napole6n.

Lo repito: cuando una naci6n ha prestado al conjunto de las otras naciones servicios brillantes, jamás puede desaparecer; vive, vive siempre.

Oprimida ó dichosa, puede encontrar simpatías y adhesiones que la sostengan.

Ciertamente, y podría dispensarme de decirlo, no soy de los que apelan á los conflictos de los poderosos y á las conflagraciones populares. Los escritores, los artistas, los poetas y los filósofos son los hombres de la paz. La paz hace fructificar las ideas al mismo tiempo que los intereses. Magnífico espectáculo, desde hace treinta años, ofrece la inmensa paz europea, la gran uni6n de las naciones en el trabajo universal, de la industria, de la ciencia y de la idea. El trabajo es la civilizaci6n misma.

Estoy satisfecho por lo que á mi país corresponde en esta paz, fecunda por su próspera y libre situaci6n bajo el rey ilustre que la gobierna; pero plácenme los estremecimientos que le agitan cuando la humanidad se siente violada, ó la libertad oprimida en cualquier punto del globo, como tambien verle tomar y guardar, en medio de la paz de Europa, una actitud á la vez serena y temerosa; serena por lo que espera, temerosa por lo que recuerda.

Lo que me ha inducido á tomar la palabra ha sido que, como vosotros, siento lo que toda Francia, y creo que Polonia jamás debe recurrir á ella en vano, porque la civilizaci6n se ofende con los actos recientes del gobierno austriaco. En lo que acaban de hacer en Galitzia, los aldeanos no han recibido paga, al menos se niega; pero es cierto que fueron provocados y excitados. ¡Es una imprudencia resguardarse de una revoluci6n política en una revoluci6n social! ¡Temer á los rebeldes y crear bandidos!

Qué hacer mientras? Hé aquí la cuesti6n que nace de los hechos mismos y que se presenta en todas partes.

Señores pares, esta tribuna tiene un deber, y precisa que lo cumpla. Si calla, el señor ministro de Negocios extranjeros, ese espíritu elevado, será el primero, no lo dudo, en deplorar su silencio.

Señores, los elementos que componen el poder de una gran naci6n no son solamente sus flotas, sus ejércitos, la sabiduría de sus leyes y la extensi6n de su territorio, sino tambien su influencia moral, la autoridad de su razon y de sus ideas, su ascendiente entre las naciones civilizadoras.

Pues bien, señores, lo que se os demanda no es lanzar á la Francia en lo imposible y en lo desconocido; lo que se os pide comprometer en esta cuesti6n no son los ejércitos y las flotas de la Francia, ni su poderío continental y militar, sino su ascendiente moral, la autoridad que goza tan legítimamente entre los pueblos esta gran naci6n, que desde hace tres siglos pone al servicio del mundo entero todos sus experimentos en la civilizaci6n y en el progreso. Pero se dirá: qué significa una intervenci6n moral? ¿Puede, con esto, obtener resultados materiales y positivos esa naci6n?

Pongamos un ejemplo por via de contestaci6n.

Al principio del último siglo, la Inquisici6n española era todavía poderosa; ejercía un poder formidable que dominaba al trono, con leyes que habian casi muerto ya en las costumbres.

En la primera mitad del siglo diez y ocho, desde 1700 á 1750, el Santo Oficio causó lo menos doce mil víctimas, de las cuales mil seiscientos murieron en la hoguera. Ahora bien, escuchadme: en la segunda mitad del mismo siglo, esta misma Inquisici6n ya no causó más que noventa y siete víctimas. ¿Pero cuántas hogueras encendió? Una sola, solo una!

Ahora comparad estas dos cifras, doce mil y noventa y siete; mil seiscientos hogueras y una sola, y decidme: ¿qué ha operado este adelanto? Una guerra? ¿La intervenci6n directa y armada de una naci6n? ¿El esfuerzo de nuestras flotas y de nuestros ejércitos? ¿Nuestra diplomacia simplemente? No, señores; una intervenci6n moral. Hablaron Voltaire y la Francia y murió la Inquisici6n.

Hoy, lo mismo que entonces, una intervenci6n puede bastar.

Que la prensa y la tribuna francesa eleven su voz; que la Francia hable, y vereis cómo llegará un día en que renacerá la Polonia.

Sí, que Francia hable, y vereis cómo los actos salvajes que hoy deploramos ya no se verificarán, y Austria y Rusia se verán obligadas á imitar la noble conducta de Prusia y á aceptar las nobles simpatías de Alemania por la Polonia.

Señores, no digo más que una palabra: la unidad de los pueblos se encarna de dos modos: en las dinastías y en las nacionalidades. Solo de este modo, bajo esta doble forma, es como se cumple esa difícil tarea de la civilizaci6n, esa obra comun de la humanidad; de esta manera es como resultan reyes ilustres y pueblos poderosos. Solo por la nacionalidad ó por la dinastía, el pasado de un imperio es fecundo y puede producir el porvenir.

Y si dá resultado fatal que los pueblos destruyan las dinastías, lo dá más fatal todavía que los príncipes destruyan las nacionalidades.

Señores, la nacionalidad polaca era gloriosa y debió ser respetada.

Que la Francia aconseje á los príncipes y ponga término á los obstáculos y á las barbaries. Porque cuando Francia habla, el mundo escucha, y cuando aconseja, se verifica un trabajo misterioso en los espíritus, que hace germinar en todos los pueblos las ideas de derecho y de libertad, de humanidad y de razon.

En todos los tiempos y en todas las épocas, Francia ha jugado un papel importantísimo en la civilizaci6n, y su poder solo era espiritual, el mismo que ejerció Roma en la Edad Media. En esta época, Roma no era más que un Estado de cuarta clase, pero hoy es potencia de primer orden. Por qué? Porque Roma se apoyaba en la religi6n de los pueblos; sobre esa base nacen todas las civilizaciones.

Hé aquí, señores, lo que hizo Roma ca-

tólica y potente en una época que la Europa era bárbara.

Hoy día Francia ha heredado una parte de ese poder espiritual de Roma, porque tiene, en todo lo que respecta á la civilizaci6n, la autoridad que Roma tenia y tiene todavía en todo lo que se relaciona con la religi6n.

No os admireis, señores, de oirme mezclar estas palabras, civilizaci6n y religi6n; la civilizaci6n es la religi6n aplicada.

La Francia ha sido y es todavía más que nunca la naci6n que preside al desarrollo de los otros pueblos.

De esta discusi6n resulta que los príncipes que poseen pueblos no los poseen como señores, sino como padres; el único señor, el verdadero señor, está en otra parte; la soberanía no se encarna en las dinastías ni en los príncipes, ni mucho menos en los pueblos; encuéntrase en un punto más elevado: la soberanía se encuentra en todas las ideas de orden y de justicia; la soberanía solo vive en la verdad.

Cuando un pueblo se siente oprimido, la justicia sufre, y la verdad, la soberanía del derecho, queda ofendida; cuando un príncipe es injustamente ultrajado ó derribado del trono, sufren igualmente la justicia y la civilizaci6n. Hay una eterna solidaridad entre las ideas de justicia que forman el derecho de los pueblos y las ideas de justicia que forman el derecho de los príncipes. Decídselo hoy á las testas coronadas, como se lo direis á los pueblos mañana.

Aunque los hombres que gobiernan á los demás hombres lo oculten, el poder moral de la Francia es inmenso.

En cierto tiempo la maldici6n de Roma hizo salir un imperio fuera del mundo religioso; hoy la indignaci6n de Francia puede arrojar un príncipe fuera del mundo civilizado.

Precisa, pues, precisa que la tribuna francesa eleve en favor de la naci6n polaca su voz desinteresada é independiente; que proclame en esta ocasi6n, como en todas, las eternas ideas de orden y de justicia, y que solo en nombre de las ideas de estabilidad y civilizaci6n defienda la causa de la oprimida Polonia.

Después de todas nuestras discordias y de nuestras guerras, las dos naciones de las que hablé al principio, la Francia, que ha educado y madurado la civilizaci6n de Europa, y Polonia, que la ha defendido, han sufrido destinos diversos: la una ha sido disminuida, pero permanece-

ce grande; la otra ha sido encadenada, pero permanece altiva.

Esas naciones debían hoy entenderse y guardarse la una á la otra la profunda simpatía de dos hermanas que han luchado juntas. Ambas, lo he dicho y lo repito, han hecho mucho por Europa; la una prodigándose y la otra sacrificándose.

Voy á resumir lo dicho en pocas palabras para terminar. La intervencion de la Francia en la trascendental cuestion que nos ocupa no creo que debe ser material, directa ni militar; creo que debe ser intervencion puramente moral: debe ser manifestacion de adhesion y simpatía de un gran pueblo dichoso y próspero á otro pueblo oprimido y abatido. Ni más ni menos.

CONSOLIDACION Y DEFENSA DEL LITORAL. (1)

27 Junio y 1.º Julio 1846.

Señores:

Me adhiero á las observaciones presentadas por el señor ministro de Obras públicas.

Las degradaciones que trata de obviar marchan, precisa decirlo, con espantosa rapidez.

Existe para mí y para los que han estudiado esta materia verdadera urgencia. En mi concepto, el proyecto de ley alcanza una extension más grande que en concepto de sus autores.

La ley que se os ha presentado no es más que una pequeña parte de una gran ley, de una gran ley posible, de una gran ley necesaria; ley que, lo declaro, desearía ver discutida por las Cámaras; desearía verla presentada y sostenida por el recto criterio y la elocuente palabra del distinguido ministro que desempeña en este momento la cartera de Obras públicas.

(1) En la sesion de 27 de Junio ocurrió un incidente motivado por M. de Boissy sobre la órden del dia. La Cámara tenia que discutir dos proyectos de ley: el primero referente á trabajos que se habian de verificar en diferentes puertos de comercio; el segundo decretaba el rescate de la ensenada de Courseulles. M. de Boissy queria que la discusion del primero de estos proyectos, que llevaba quince millones de gasto, fuese remitida para despues del voto del presupuesto de ingresos. La proposicion de M. de Boissy, combatida por M. Dumon, ministro de Obras públicas, y por M. Tupinier, relator en la comision que habia examinado los proyectos de ley, fué desechada despues de este discurso de M. Víctor Hugo.

La discusion tuvo lugar en la sesion del 29.

El objeto de esta gran ley, y que deploro no verlo en ella, es el siguiente: mantener, consolidar y mejorar, bajo el doble punto de vista militar y comercial, la configuracion del litoral de Francia. (*Movimiento de atencion.*)

Señores, si se os dijera que una de vuestras fronteras está amenazada; que un enemigo, á toda hora, en todo tiempo, dia y noche, cerca y sitia una de vuestras fronteras; que la invade sin cesar; que usurpa sin descanso; que hoy os roba una legua de tierra, mañana una aldea, al otro una villa fronteriza; si se os dijera esto, al momento se levantaria esta Cámara como un solo hombre y la parecerian escasas todas las fuerzas del pais para defenderle contra peligro tan formidable. Pues bien, señores pares, esta frontera existe en nuestro litoral; este enemigo existe; es el Océano. (*Movimiento.*)

El señor ministro de Obras públicas sabe, como yo, que las degradaciones de las costas de Francia son numerosas y rápidas; sabe tambien que la inmensa costa brava, que comienza en la embocadura de la Somme y termina en la embocadura del Sena, está en un estado de demolicion perpétua.

No ignorais que el mar se estrella incesantemente contra las costas, y que del mismo modo que la accion atmosférica desgasta los montes, desgasta tambien las costas la accion del mar. Solo que en la accion atmosférica complicanse multitud de fenómenos...

Dispéñseme la Cámara si entro en detalles, detalles que creo muy útiles para demostrar la urgencia del proyecto actual y la urgencia de más grandiosa ley sobre la materia en cuestion.

Señores: acabo de decir que la accion atmosférica que incesantemente obra sobre los montes se complica con multitud de fenómenos que pueden retardarla; tanto, que se necesitan millares de años para que dicha accion atmosférica pueda demoler una muralla como los Pirineos, ó crear una ruina como el circo Gavarnie, ruina que es al mismo tiempo el más maravilloso de los edificios. Por el contrario, las olas del mar necesitan muy poco tiempo para deprimir una costa; un siglo ó dos; á veces menos de cincuenta años, y á veces un solo golpe de mar en los dias del Equinoccio basta para que la depresion se verifique, porque en las ondas del mar existe, además de la destruccion continúa, la destruccion brusca.

Si se quisieran contar la depresiones

diarias que se verifican desde la embocadura del Somme hasta la embocadura del Sena, causarían espanto. Etretat se hunde sin cesar; Bourgdault tenia dos aldeas: la aldea de la orilla del mar y la aldea de lo alto de la costa. La primera ha desaparecido; solo existe la segunda. Habia allí una iglesia que se veia aun hace treinta años, sola y de pié en medio de las ondas, como un navío encallado. Un dia sopló el huracán, vino un golpe de mar y la iglesia fué á pique. Nada queda hoy de aquella poblacion de pescadores, de aquel pequeño puerto tan útil.

Señores, no ignorais que Dieppe se obstruye todos los dias y que todos nuestros puertos de la Mancha se encuentran en estado grave, y, por decirlo así, atacados de una enfermedad séria y profunda.

¿Os hablaré del Havre, cuya situacion débeos preocupar más todavía?

Insisto sobre este punto, y porque sé que no ha sido incluido en la ley, quisiera que se fijara en él el señor ministro de Obras públicas. Pero antes suplico á la Cámara me permita indicar, siquiera sea rápidamente, cuáles serán los fenómenos que, en plazo muy breve, destruirán ese gran puerto, que es en el Océano lo que Marsella en el Mediterráneo.

Señores, hace algunos dias discutióse ante vosotros, con notable lucidez, la cuestion de la marina, cuestion que ha sido tambien tratada en otro recinto con igual superioridad.

El poder marítimo de una nacion descansa sobre cuatro elementos: los navíos, la marina, las colonias y los puertos. Cito éste el último, aunque debe ser el primero.

Ahora bien: la cuestion de los navíos y la marina se ha estudiado ya profundamente; la cuestion de las colonias se trató, aunque á la ligera; la cuestion de los puertos, no solo no se ha tratado, sino que ni siquiera se ha entrevisto, y por eso la presento hoy, si no para tratarla á fondo en este momento, al menos para indicarla.

Del gobierno deben venir los grandes impulsos; pero de las Cámaras, y de ésta en particular, deben partir las grandes indicaciones.

Señores, como voy á ocuparme de los más grandes intereses de la Francia, suplico á la Cámara que se penetre bien de lo que voy á decir. Lo repito é insisto en ello: mantener, consolidar y mejorar en

provecho de nuestra marina militar y mercante la configuracion de nuestro litoral, es el fin que nos debemos proponer. La ley actual no tiene más que un defecto: no le falta la urgencia; le falta grandiosidad.

Quisiera que la ley perteneciese á un tema, que formara parte de un conjunto, que el ministro nos la hubiese presentado basada en un gran fin y con vastas miras, y que Francia hubiera acometido numerosos trabajos importantes, sérios y considerables, encaminados á ese fin. Porque esta cuestion, señores, repito, es de interés nacional.

Hé aquí, puesto que la Cámara me dá ánimo para hablar, lo que creo que debe llamarla la atencion.

La corriente de la Mancha...

EL SEÑOR CANCELILLER: Ruego al orador se cifa al proyecto que se está discutiendo.

M. VÍCTOR HUGO: Me permito hacer notar al señor Canciller lo siguiente:

La ley se presenta siempre bajo dos puntos de vista: bajo el punto de vista especial y bajo el punto de vista general. Acabamos de tratarla bajo el primer punto, y ahora corresponde tratarla bajo el segundo.

Pero sabeis que esta ley encierra cuestiones muy graves, y deseais, sin duda, que estas cuestiones pasen ante la Cámara sin que ésta las trate ni discuta.

Lo que se discute en este momento es la cuestion de urgencia; creo que nos ocupamos de esto, y siendo así, estoy de lleno en la cuestion, y creo tambien tener derecho para demostrar á esta ilustrada Cámara que existe la urgencia, porque urgen todas las cuestiones del litoral.

Si ahora, entre los argumentos de que debo valerme, presento el hecho de una gran inminencia, de un peligro palpable, cierto, evidente para todos y en particular para el señor ministro de Obras públicas, paréceme que puedo, que debo invocar esa gran urgencia, señalar ese peligro; y si además acierto á demostrar que en ello hay un verdadero interés público, no habré empleado mal el tiempo que la Cámara me conceda para hablar.

Si la cuestion de la órden del dia se opone á que continúe un desenvolvimiento que creo necesario, suplicaré á la Cámara, si así lo cree, que me reserve la palabra para el momento en que se discuta esta ley, pues creo necesario entrar en algunos detalles. En este momento solo hablo en apoyo de la urgencia del